



La Inmaculada de Sout.—Murillo.

roes, sino de frailes tranquilos, graves, héroes de la mortificación. Pintor de los frailes españoles de blancos hábitos mercedarios, jerónimos y cartujos. En el Prado están los magníficos cuadros que pintó para el convento de la Merced de Sevilla. Es muy buena la serie de la vida de San Buenaventura. Cada uno de los personajes es un retrato que inmortaliza al individuo. También pintó algunas composiciones complicadas, como la *Apoteosis de Santo Tomás de Aquino*. Pero lo que más le caracteriza son las figuras aisladas: los retratos de frailes mercedarios que hoy están en la Academia de Bellas Artes, la serie para el monasterio de jerónimos de Guadalupe, los santos cartujos de la cartuja de Jerez. Igualmente imágenes de santos y de Cristo y la Virgen. Hay en todas una grandeza tranquila, seria, fervorosa. Al

final de su vida sus pinturas son algo más blandas.

Velázquez es el pintor por excelencia, que amó su arte hasta el fin y le entregó toda la fuerza de su inteligencia, su bondad y su extraordinario temperamento. Es el gran maestro del realismo, sincero y claro, que intenta siempre pintar las cosas como están ante nuestros ojos; el artista humano, enamorado de la verdad del mundo que le rodea, conocedor incomparable de la luz real en que se bañan las cosas todas. Fué, en Sevilla, discípulo de Pacheco, y éste nos cuenta cómo desde pequeño le gustó copiar únicamente del natural y estudiar los contrastes tenebristas. De estos principios de toda la escuela española parte su pintura, que fué desarrollándose hasta alcanzar una perfección universalmente reconocida. Al principio hay todavía cierta dureza en sus cuadros, como la *Adoración de los Magos*. Pronto fué a Madrid, y agradó tanto a Felipe IV, que le nombró su pintor, y vivió en la Corte el resto de su vida. Uno de sus primeros grandes cuadros fué *Los borrachos*; es admirable su española ironía ante lo pagano, Baco no es para él sino otro borracho más, un mozo real, semidesnudo y divertido. Pronto hizo su primer viaje a Italia. Pintó allí *La fragua de Vulcano*, extraordinario de color, composición y vida. A la vuelta pinta los hermosos retratos de Baltasar Carlos, el Conde-Duque de Olivares y Felipe IV. En Velázquez las pinceladas rápidas, milagrosas, sueltas, dan imágenes vivas, plenas de luz. De esta época es también el famoso cuadro de *Las lanzas*, armónico y noble como pocos en el mundo. Sus retratos de pícaros y bufones son quizá de lo más personal de Velázquez; en ellos se da ya casi formado lo que mucho más tarde se llamará impresionismo, la representación de los seres no como son, sino como impresionan a nuestra retina, logrando el efecto por man-